

La primavera de Pekín

La represión siembra la duda sobre el porvenir de la apertura en China

K. S. KAROL

Lenin proclamó que el pueblo ruso perdió su fe en el zar el 9 de enero de 1905, cuando el Ejército abrió fuego contra la multitud que iba en manifestación por las calles próximas al palacio de Invierno. Lo mismo puede haber sucedido el 3 de junio pasado, cuando el Ejército popular aplastó violentamente la *primavera* de Pekín. Los dirigentes comunistas, desde Gorbachov hasta Deng Xiaoping, han comprendido que el comunismo necesita acercarse al sistema de mercado para garantizar la supervivencia de sus naciones. Este informe trata de analizar lo sucedido en China en las últimas semanas y de atisbar cuál puede ser el porvenir del país más poblado de la Tierra*.

Cuando un barco vira excesivamente a babor y desea restablecer su equilibrio deberá, en primer lugar, girar a estribor. Pero si en el curso de esta delicada maniobra el capitán no es capaz de controlar el timón con destreza, el barco podría naufragar. Esto es exactamente lo que está a punto de ocurrir en China.

Conozco este país a partir de dos largas investigaciones realizadas en 1965 y 1971, en tiempos de Mao, cuando el barco-China se inclinaba hacia la izquierda, aislándose cada vez más del resto del mundo. La gran obsesión de Mao era no repetir en China los errores cometidos por el modelo socialista soviético. Zhou Enlai, el más sutil y seductor de los dirigentes chinos, me lo explicó sin rodeos, cuando, en síntesis, afirmaba que a base de acordar primas para sus dirigentes, el PC soviético se había convertido en una "nueva raza de señores que carga todo su peso sobre las espaldas del pueblo".

En consecuencia, en China el partido esperaba de sus dirigentes y militantes la adopción de "un código de buena conducta" que sirviera de ejemplo para todos los trabajadores, a quienes se invitaba a ayudarse mutuamente y a buscar su perfeccionamiento mediante la preocupación prioritaria por el bien común. Desde esta óptica, el modelo de hombre que se proponía a las masas no era equivalente al de Alexis Stakhanov, batiendo récords de productividad, sino más bien el del buen soldado Lei Feng, quien se desvivía desinteresadamente por ayudar a sus semejantes.

Gracias a Zhou pude entonces recorrer China, a lo largo y ancho de su territorio, desde Nanning hasta la frontera del Vietnam y, hacia el norte, hasta Harbine, cerca de Rusia; así pude observar cómo los responsables e intelectuales de todas partes me mostraban orgullosamente sus manos como prueba de que ellos participaban en los trabajos manuales, sin aprovecharse de ningún privilegio y ayudando al pueblo a transportar el pesado fardo de su

existencia cotidiana. El componente *religioso* de este puritanismo chino parece evidente, pero existe también una explicación que enlaza directamente con el pasado reciente de este país: la China anterior a Mao fue literalmente arrasada por la corrupción, la inmoralidad y el egoísmo de sus elites. Sometida además a un terrible subdesarrollo económico que únicamente era posible superar luchando contra los desequilibrios sociales y regionales: el contraste entre algunas regiones ya industrializadas y otras que ni siquiera parecían pertenecer a este siglo era tan flagrante que si el país deseaba progresar debía, obviamente, inventar su propia racionalidad en términos de un crecimiento colectivo y más armonioso. Entonces me aseguraban que esto era precisamente lo que se hacía, y que China, "contando únicamente con sus propias fuerzas", progresaba hacia una sociedad de un igualitarismo inédito.

Apenas un año después de mi periplo, estallaba la "gran revolución cultural y proletaria". Insatis-



Tras la tempestad.

* Tomado de El País, de Madrid, Nº 83.



fecho con la pedagogía igualitaria que se había venido practicando hasta entonces, Mao alentó el movimiento de los estudiantes contra "las autoridades académicas reaccionarias" y colocó sobre la puerta del comité central su propio *dazibao*: "Bombardead el cuartel general".

Convencido aparentemente de que el partido, aun habiendo jurado fidelidad a su doctrina, se estaba deslizando hacia el aburguesamiento, proyectaba organizar en China la Comuna de París, fundada sobre la democracia directa. Su compañero más fiel, designado sucesor, Lin Biao, afirmaba ante millones de guardias rojos que el pueblo chino corría el riesgo de convertirse en algo similar a granos de arena dispersos en la naturaleza, a menos que se apoyara sobre el cimiento de una doctrina común que se contenía en el pequeño libro rojo de citas del presidente Mao. La *religiosidad* del modelo chino alcanzaba entonces proporciones que superaban todo lo que habíamos podido imaginar. Edgar Snow, autor de la célebre biografía de Mao *Estrella roja sobre China*, desorientado como todo el mundo, me decía que Mao era uno de esos visionarios

a quienes los hechos, a menudo, otorgan la razón; en 1937, en una caverna de Pao an, cuando sus posibilidades de conquistar el poder parecían mínimas, hablaba con la seguridad de un jefe de Estado, como si supiera que doce años más tarde ocuparía el palacio del Pueblo en Pekín.

Pero en 1966, los hechos demostraron que en esa ocasión se equivocaba y que sus citas no constituían un elemento suficientemente unificador como para mantener unido al país más poblado del mundo. Incluso los propios guardias rojos se dividían en miles de grupos rivales, empeñados en una guerra sin cuartel. Los soldados sin armas de Lin Biao, émulos del célebre Lei Feng, tuvieron que intervenir y enviar a todo el mundo, estudiantes, profesores, cuadros aburguesados e intelectuales, a las "escuelas del Siete de Mayo" para lograr su *reeducación* mediante el trabajo agrícola. El coste económico y humano de esa política fue enorme.

A mi regreso a Pekín, pude asistir el 10. de mayo de 1971 a la última aparición pública de Lin Biao. Llegó a la tribuna de Tiananmen al mismo tiempo que Mao, precedido por Zhou Enlai y otros dirigentes, con aire triste y frágil, como si no participara en la fiesta ni apreciara en absoluto los fuegos artificiales que iluminaban la plaza. Mi Zhou Enlai, por el contrario, se encontraba de un humor excelente, riendo sonoramente, discutiendo con sus camaradas e interperándome desde la tribuna en su macarrónico francés: "Eh, polaco, ¿cómo lo llevas?". Vestía el uniforme verde de los guardias rojos, sostenía en la mano el pequeño libro de citas del presidente Mao y no parecía tomarse en serio lo que ocurría. Algunos meses más tarde, Lin desaparecería, y Zhou, el más pragmático de entre todos los maoístas, se convertiría de hecho en el número uno del país, mientras Mao permanecía por encima del bien y del mal sin ocuparse excesivamente de los asuntos cotidianos. En Pekín se sabía ya que un sencillo paisano, antiguo secretario general del partido, llamado Deng Xiaoping, trabajaba nuevamente en el comité central y su rehabilitación era inminente.

Instalado nuevamente en el poder tras las muertes de Mao y Zhou, Deng decidió girar el timón del barco-China hacia estribor, hacia la derecha, mientras pretendía simultáneamente, mantenerse fiel a sus grandes predecesores. No le gustaba en absoluto que se afirmara que durante la revolución cultural había recibido la protección de Zhou Enlai, gracias a sus cualidades como gestor. *Urbi et orbi*, sostenía que no había sido sino el propio presidente Mao quien se había preocupado siempre de su suerte, deseoso de preservarle para el porvenir. Pero tras haber insistido reiteradamente, en el curso de sus entrevistas con todos los chinólogos norteamericanos, en la legitimidad maoísta de su poder, acabó volando con sus propias alas, mientras decía: "El presidente Mao está muy lejos, en el cielo, y yo soy algo sordo y no consigo oír bien su voz".

Durante la primera fase de su política de las *cuatro modernizaciones*, cuando todavía reivindicaba su filiación maoísta, Deng procedía con una cierta prudencia, teniendo en cuenta la especificidad de su país, pero a finales de los años setenta, aceleró súbitamente la marcha, abriendo fronteras a la penetración de capitales extranjeros y aceptando una especie de ausencia de reglas de tipo thatcheriano. Quería convertir su país en el *quinto dragón de Asia*, al mismo nivel de productividad que Corea del Sur, como si la principal tarea de su vida fuera la de asegurar la integración de China en el mercado mundial. Esta era su versión de la revolución cultural a la inversa; una forma inédita de apertura que significó la ruptura del control central sobre la economía.

Encontrar un empleo

En el mes de marzo, mucho antes de la explosión del movimiento estudiantil, en el número 13 del semanario oficial *Beijing Information* pudimos leer: "Durante estos días, más de un millón de personas provenientes de Sichouan, Hunan y Guianxi han llegado a Cantón con la esperanza de encontrar un empleo". El semanario explicaba tranquilamente que esto era consecuencia

inevitable del desarrollo de la economía de mercado, pero que iban a tomarse medidas para controlar "esa marea humana y persuadirla de volver a casa". En el siguiente número, del 20 de marzo, *Beijing Information* señalaba que la "marea humana" no se extendía únicamente sobre Cantón, sino también sobre Pekín, y que en general, millones de chinos huían de las zonas atrasadas del país hacia ciudades más prósperas de la zona costera. De los cálculos realizados por el Centro de Investigaciones sobre Desarrollo Rural se desprende que en las zonas rurales habría ya 180 millones de "personas inútiles" y que su número aumentaría en el curso del próximo decenio, hasta alcanzar los 240 ó 260 millones. No es necesario citar otras cifras sobre, por ejemplo, la depauperización de

los intelectuales y de los estudiantes, para comprender que los estragos del thatcherismo en su versión china se encuentran en el origen de los trágicos acontecimientos políticos de estas últimas semanas ocurridos en Pekín.

La pregunta que todo el mundo se formula es la de saber si es posible que este país consiga evitar el estallido de una guerra civil, no porque el Ejército se encuentre dividido, sino porque toda China está sometida a un terrible desequilibrio. El crecimiento de las diferencias entre las provincias ricas y las pobres, entre una minoría de ricos y las masas depauperizadas, es de tal calibre que no permite imaginar quién podría evitar todavía el estallido de la violencia. Todas las clases sociales, empezando por los

obreros y los intelectuales, se encuentran en estado de rebelión. El partido de Deng está prácticamente desorganizado, envenenado por la corrupción y por sus vaivenes políticos, que le han arrebatado toda credibilidad. No hace mucho, Mao enseñaba a los comunistas chinos a "sostenerse sobre dos piernas, la de la organización y la del Ejército", al que se suponía tan integrado en el pueblo como *un pez en el agua*. Pero tras la masacre de la plaza de Tiananmen, la ruptura entre el nuevo Ejército de Deng, equipado con el mejor armamento occidental, y el pueblo ha sido consumada. China parece un dragón sin cabeza, y ninguna nueva *estrella roja* ilumina todavía su horizonte. La de Deng y su equipo se ha teñido de negro en señal de duelo, y además no conduce a ninguna parte.

El vértigo del crecimiento

La reforma económica y la revuelta de Tiananmen

ENRIQUE PALAZUELOS

¿Qué influencia ha podido tener la problemática de la reforma económica en la revuelta de Tiananmen? El curso del conflicto invita a considerar que tras las reivindicaciones de democracia política y de denuncia de la corrupción existen múltiples referencias de carácter económico que están afectando a la situación sociopolítica de la China actual. Una lectura *fácil* de los acontecimientos considera que el conflicto es una consecuencia de la buena marcha de la reforma económica que choca con unas estructuras políticas rígidas y refractarias al cambio; de ahí que se trate de

modificar éstas donde, además, anidan grandes dosis de corrupción.

En noviembre de 1988 se celebró en Shenzhen un coloquio sobre *La retrospectiva y la perspectiva de la reforma económica en China desde 1979 hasta 1988*, que reunió a la mayoría de los economistas reformistas (Ma Hong, Dong Dalin, Zhang Pang y otros), dirigentes de empresas, altos funcionarios y representantes extranjeros de organismos internacionales y de empresas con intereses en China. Además de criticar las interferencias burocráticas de la Administración y los obstáculos del antiguo sistema, algunos destacados reformistas señalaron la falta de coherencia entre algunas

reformas emprendidas y la mínima repercusión macroeconómica de la actuación del Gobierno. Por tanto, parece que la valoración del curso de la reforma requiere de matices que eludan lecturas fáciles y unilaterales sobre su incidencia más o menos inmediata sobre este *Mayo chino de 1989*.

La *reforma de la agricultura* se basa en la descolectivización del régimen de explotación de la tierra (no de la propiedad), y junto a otras medidas sobre los precios y sistema de trabajo, ha conseguido una notable mejora de la producción y de la productividad, además de una mayor diversificación de los cultivos y una mayor dotación alimenticia para la población. Pero también

* Tomado de El País, de Madrid, Nº 83.